

LOS REPORTAJES DE ACTUALIDAD

La terrible tragedia que ha desencadenado un actor cómico

Las cosas que pueden pasar por el hecho de que Valeriano León sienta olímpico desdén por el Teatro Tívoli

POR
Braulio Solsona

En los círculos teatrales ha causado gran sensación un suceso inesperado que tiene proporciones terroríficas de cataclismo. No se recuerda en la historia universal un suceso de tan desoladoras consecuencias. Ni los terremotos más formidables, ni las epidemias más mortíferas, ni las matanzas más horrendas han producido efectos tan abrumadores como el que nos ocupa.

La cosa no es para menos.

Hace poco, don Mariano Serrano, el empresario del Tívoli, después de una cena copiosa, en la que las frecuentes libaciones determinaron un cierto estado de contento, en el que las cosas más absurdas pudieron tener lugar, el señor Serrano, repetimos, que no era del todo dueño de sus actos, con unas insensatas palabras suyas, que produjeron el efecto de una bomba, dió motivo a que la catástrofe a que aludimos se produjera.

¡Qué horror!

El señor Serrano, sin medir prudentemente el alcance de sus palabras, sin darse cuenta del efecto que iban a causar, tuvo el atrevimiento—¿qué decimos el atrevimiento?—la avi-



MARIANO SERRANO

No les extrañe verle tan sonriente. Esta fotografía está hecha antes de ocurrir la catástrofe que relatamos, esto es, antes que León le echara la zarpa

jantez de decir que Valeriano León y su esposa Aurora Redondo iban a actuar en el Tívoli.

Ello produjo la natural sensación... Los comensales dejaron por un momento de deglutir y libar, asustados por la magnitud del momento. Unos se llevaron las manos a la cabeza, otros—acaso dispepsia—al vientre. Todos se dieron cuenta de que algo gordo había ocurrido.

Serrano, inconsciente, seguía sonriendo, con su eterna sonrisa inmovible.

Era el único que no acertaba a comprender la gravedad de sus palabras.

Pero todos los que las escuchamos, nos dimos cuenta de cuáles iban a ser sus consecuencias.

El Teatro—así, con mayúscula—iba a sufrir un rudo golpe. La "Asociación de Empresarios," el "Sindicato de Actores", la "Sociedad de Autores", las entidades de las dependencias teatrales, iban a poner a prueba su respectiva personalidad para resolver el más grande problema que viera los siglos.

Luego, el asunto iba a degenerar, seguramente, en un con-



ENRIQUE VILLEMORE

He aquí un alarde de información gráfica, que nos hemos permitido el lujo de hacer. Nuestro fotógrafo ha sorprendido a Villemore en sus posesiones de San Baudilio

flicto de orden público. No era para menos la cosa... Intervendría el Gobierno, acaso—porque León interpreta obras de otros países—habrían de intervenir las potencias extranjeras, y, finalmente, como única solución, se vislumbraba la última instancia de la Sociedad de Naciones...

He aquí como unas palabras dichas en un acto íntimo, sin ánimo de molestar a nadie, iban a tener trascendencia insospechada.



VALERIANO LEÓN

A pesar de su cara inocente, es una fiera. Es León por parte de padre. Lo de Valeriano, es en honor a Weyler. ello está explicado que sea un hombre terrible

EL CHOQUE TERRIBLE - VALERIANO LEÓN HACE UN DISPARO

En efecto, no pasaron veinticuatro horas, y Valeriano se descolgó con la siguiente epístola, que es un tiro de pistola:

"Muy distinguido señor mío: Antes que nada, mil perdones por la molestia que puedo ocasionarle, pero me interesa rectificar una noticia dada por don Mariano Serrano y en un banquete a la Prensa.

Mil gracias, señor director, y reconózcame como un agradecido admirador y amigo, q. l. e. l. m., Valeriano León.

Ya sabe don Mariano Serrano que yo no puedo actuar en Barcelona en otro teatro que no sea el de la empresa Gregorio Roca, del teatro Barcelona, y lo sabe porque yo se lo he dicho rotundamente. ¿Verdad, señor Serrano? Pues si lo sabe, ¿por qué intenta poner en entredicho mi seriedad?

Debo muchas atenciones a la empresa del teatro Barcelona,



LUIS ANGULO

Periodista, abonado a diversos premios de la Lotería, taquígrafo, autor cómico, que es una de las figuras más garbosas del Tívoli

y la última, la gentileza de cambiarme las fechas del contrato para poder combinar mi temporada de Madrid con la de Barcelona, que tanto nos enorgullece, y sería un miserable si correspondiese a esa gentileza con una ingratitud.

Tal vez vaya esta rectificación un poco cruda; será hija de mi trato con los catalanes, que tanto nos consideran. Así, se me habrá pegado su simpática franqueza, señor Serrano.

Hasta nuestra próxima visita, os saluda vuestro agradecido, Valeriano León.

Madrid, 4 de septiembre 1296."

EL SEÑOR SERRANO, MORIBUNDO

Ya pueden ustedes calcular el efecto que produciría esta carta de Valeriano León en todo el mundo.

Los comentarios que de su contenido han hecho los periódicos españoles, ingleses, franceses y checoslovacos han sido apasionados, vehementísimos, y justifican las sospechas que teníamos de que el caso únicamente podría ser resuelto por la intervención de la Sociedad de Naciones.

(Termina en la pág. 6.)

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

COSAS RARAS

"Engañamos a su esposa o le devolvemos a usted el dinero."

Tal es el lema de mi negocio implantado en París, donde al parecer, está todo tan alambicado que ya no se sabe qué inventar para sacarle el dinero a quien lo tenga.

Por una suma módica la agencia en cuestión se compromete a proporcionar a sus clientes todas las ventajas de un viaje, sin salir de París.

Al decir ventajas nos referimos a la libertad personal del hombre que se ve unos días libre de su esposa.

El procedimiento es sencillo. Supongamos que tú, lector, te encuentras en París con tu esposa y deseas correrte—sin ella, como es natural—una juergueta de cuatro o cinco días allá por las encantadas alturas del Montmartre misterioso y romántico. Pues te diriges a la agencia, escribes allí unas cuantas cartas fechadas en las ciudades "que vas a recorrer" en tu viaje, las entregas, juntamente con los honorarios, en la agencia... y ya puedes echar a correr.

Tu esposa recibirá, con una puntualidad admirable, las misivas que le son enviadas efectivamente por los representantes que la empresa tiene en casi todos los puntos de Europa.

Lo más probable es que de resultar buen negocio—que si resultará, porque los maridos que engañan a sus mujeres constituyen legión—se amplíen los servicios hasta el punto de que llegue un día en que un marido pueda hablar, con su mujer por teléfono desde Moscú... encontrándose en un cabaret de Montmartre.

Bastará para ello impresionar algunos discos de gramófono que pueden ser enviados a los agentes para que los apliquen al aparato telefónico.

En estas materias se adelanta mucho.

Muchas veces se ha tratado de investigar qué animal fué el primero que domesticó el hombre. Más de un sabio se ha mostrado convencido de que fué el caballo. El hombre vió su utilidad y empleó todos los medios para someterle a la esclavitud. Sin embargo, las hipótesis más lógicas y razonadas parecen indicarnos que fué el perro. Este animal, por propio instinto, se acercó al hombre, le defendió y se sometió voluntariamente a la domesticidad.

Una de las afirmaciones de este aserto, según unos investigadores, es que en los montones de conchas de los tiempos prehistóricos encontradas en Dinamarca, se observa la ausencia en las extremidades de los grandes huesos y ciertos huesos pequeños, cosa que los sabios explican diciendo que no se encontraron estos trozos porque son los huesos que suelen comer los perros.

Pero más serio que esta hipótesis es el hecho de haberse encontrado osamentas caninas en cavernas belgas, que tienen aún mayor antigüedad que los fosilizados montones de conchas de Dinamarca, y que en las paredes de las tumbas egipcias más antiguas que existen, algunas de 3.400 años antes de Jesucristo, están representadas cuatro castas distintas de perros, adornados todos con collares.

Parece que la introducción de agentes femeninos en la Policía inglesa está dando excelentes resultados. Las guardias de la porra londinenses ejercen su misión más rigurosamente que sus compañeros del sexo feo, y, sobre todo, no se dejan emocionar por esas pequeñas historias sensibleras que llegan al corazón de los envenenados de literatura.

La "policewoman"—elegida entre las mujeres fuertes y robustas y cuya silueta sólida es casi tan imponente como la de sus colegas masculinos—será pronto tan popular como el "policeman". En ciertos casos, cuando se trata de asuntos en los que intervienen mujeres y niños, las guardias prestan servicios particularmente importantes.

En vista del buen resultado que han dado las mujeres policías en Inglaterra, algunos otros países han decidido adoptar estos servicios públicos femeninos. Algunas poblaciones de Alemania—Colonia y Francfort, entre otras—van a reforzar su Cuerpo de Policía con un cierto número de agentes del bello sexo.

En Berlín se va a establecer una comisaría con todo el personal femenino. Tendrá su "comisaría", sus mujeres policías secretas y sus guardias de la porra.

En vista de esto, esperamos que en España adoptemos este género de policía, y cuando "alguna" agente bonita nos ordene circular, en lugar de indignarnos saludaremos con una sonrisa galante.

Las mujeres policías servirán por lo menos para suavizar nuestras costumbres.

De los ruidos exteriores, de los estruendos circundantes, puede hasta cierto punto burlarse y casi no darse cuenta la gente absorta y ocupada en alguna activa labor, sea en pie frente a las máquinas en los talleres; curvada sobre los libros de la contabilidad en las oficinas o doblada so-

bre la tierra en el campo abierto. Pero, y los enfermos, los convalecientes? Extendidos durante largo tiempo sobre sus yacijas o arrellanados en una poltrona, inmóviles, apartados y cerrados, cómo deben maldecir a los camiones, los automóviles, los ómnibus, los carretones, los tranvías, etc., que pasan con formidable estruendo bajo sus ventanas y hacen chirriar los dientes y crispase los nervios! Para esta pobre humanidad que se hospeda en las clínicas, en los hospitales y en las casas de salud; para los enfermos y los que sufren, en suma, el Prefecto de Policía de París ha tenido una idea piadosa y pródiga: ha ordenado que cada uno de esos asilos del dolor—sean públicos o privados—fije sobre su fachada, de modo bien visible, la señal de la Cruz Roja y una tarja con una sola e imperativa palabra: "¡Silencio!", así como también que los conductores de vehículos, al pasar frente a dichos lugares, moderen la velocidad de aquéllos y mantengan silenciosos sus timbres, sus trompetas o sus "klaxons". "He ahí una idea generosa—comenta "Les Annales"—pero el Prefecto debería ampliar un poco más su misericordia en ese sentido. Todos los parisienses, todos, estamos enfermos, nerviosos, sobreexcitados, a causa del tumulto de gritos, clamores, alaridos, silbidos, etc., que de un alba a la otra nos aflige sin tregua, y a nuestra vez imploramos merced. Piedad, señor Prefecto, para los ciudadanos sanos como para los enfermos; concedéndonos también la Cruz Roja; haced que los 100.000 vehículos de París se deslicen suavemente por las calles como barcas sobre un lago; suprimid los "klaxons" y poned sordina a las trompetas, a los pitos y a los timbres de los tranvías...". He aquí, en verdad, una oración fervorosa y ansiosamente repetida por multitud de ciudadanos y no de París precisamente...

El film exótico

En su esencia verdadera, ¿qué relación tiene el cinematógrafo con el teatro? Los teóricos puros, es decir, los intelectuales de la pantalla, proclaman con firmeza que ninguna. El cinematógrafo es un arte independiente que aspira a plasmar el Universo entero en imágenes diversas y moviéndose.

Claro es que, por otra parte, no hay que olvidar que el cine es un espectáculo, y sin duda por eso, desde su nacimiento, fué asimilado al teatro y en ocasiones se ha llegado a confundir con él. Los primeros estudios cinematográficos que se construyeron ofrecían una estructura completamente teatral, con su escena, sus bambalinas y su juego de telones. Desde aquel entonces se ha evolucionado mucho,afortunadamente. En la actualidad los estudios son lo que deben ser: vastas galerías provistas de un material eléctrico formidable que permite obtener los efectos de luz más opuestos y desconcertantes. Pero hay quien sostiene que el verdadero cinematógrafo debe prescindir de toda techumbre y operar siempre al aire libre, reflejando diversos aspectos de la vida cotidiana que no han sido todavía recogidos por los aparatos de impresionar.

Dentro de este criterio, las películas exóticas que nos instruyen sobre los usos y costumbres de los países lejanos que están aún en estado de civilización primitiva con relación a la nuestra, representan el mayor acercamiento del arte nuevo a la naturaleza. El "metteur en scene" y el operador que, por ejemplo, acompañan a una misión científica o que visitan simplemente un país inexplorado o poco conocido para impresionar un film, no pueden llevar en cartera ningún argumento preparado. La intriga de la película—suponiendo que la haya—tendrá que estar condicionada por la facilidad o resistencia de los naturales del país a situarse delante del objetivo. En ocasiones un film exótico sin intriga alguna, es decir, que se limite a exponer una serie de paisajes y de tipos de los habitantes, así como de las costumbres más típicas, resulta de un interés superior a la producción que se hubiera logrado de haber introducido un factor novelesco.

A decir verdad, el público va cobrando afición a las películas de carácter exótico. Dichos films constituyen excelentes lecciones de geografía, que no solamente se aprenden sin esfuerzo alguno, sino que además deleitan sobremanera, "Nanuk, el esquimal", "Snuk, el hombre de los hielos" y "La travesía negra", realizado el año pasado por Mr. León Poirier, que acompañó en su viaje a África a la misión Haardt-Dubreuil, son los films exóticos más notables de la producción de estos años, tanto por la escrupulosidad con que han sido obtenidos como por los panoramas que reflejan.

Los "metteurs en scene" deben darse prisa a filmar los pocos pueblos de la vida primitiva que quedan. Dentro de unos años, el aspecto exterior de un poblado senegalés o de la Tierra del Fuego no se diferenciará gran cosa de una localidad europea de igual número de habitantes. Ya los persas y los turcos relegan al olvido sus prendas indumentarias más características y adoptan en masa el sombrero y el pantalón largo y hasta la americana. Mañana sucederá lo propio en los países refractarios a la civilización occidental, y entonces, según la profecía de Pierre Loti, el planeta será de una uniformidad desesperante y para el artista y el hombre sensible el vocablo "viajar" carecerá de sentido...

TEMAS ACTUALES

Cosas de los "intelectuales bien"

Uno de los más selectos y elegantes "pollos" orteguistas decía el otro día lo siguiente a propósito de la crítica: "Cae por entero—se refería a una clase de crítica—dentro de ese género particular que hemos dado en llamar ensayo y que tanto hace sufrir a los paletos de la galería. Inciso. Con los paletos no se debe discutir. Se los debe dejar a sus anchas en la galería, con sus greñas y sus botas de morapio. Los de la literatura proceden siempre como el del cuento. Durante el banquete cometen toda clase de ineptias y a los postes se beben el agua del lavafrutas. Es inevitable."

Desde luego, aunque el referido pollo orteguista no haya pensado en mí—¿cómo voy yo a aspirar a semejante honor!—al escribir las citadas palabras, yo me declaro—y a mucha honra—"paleta de la galería", con mis "greñas y mi bota de morapio", dispuesto siempre a soltar la tarcajada ante los "pollos pera" de las butacas, cuyo lindo y novedoso peinado a lo "garçon" es bastante más risible que nuestras greñas. Y también declaro que si asistiera a los "banquetes" comería "toda clase de ineptias"—nadie más inepto que yo para alternar con los elegantes y selectos, con los "intelectuales bien"—y puede que a los postes me bebiera el agua del lavafrutas, y hasta es posible que en el colmo de la patería y la ordinareiz se la derramara encima, sobre su vestimenta impecable, al lechuguino de al lado.

No pretendo, claro es, discutir con el susodicho joven orteguista—"con los "pollos pera" no se debe discutir"—; pero si voy a permitirme, aquí en la galería, a mis anchas, sin aspirar a que la cosa trascienda hasta el aristocrático público, de los palcos o butacas, poner algún comentario a esas palabras despectivas que con grotesco remilgo ha lanzado hacia la galería. El selecto joven, interrumpiendo un momento su sabihonda disensión, ha mirado hacia la galería, ha fruncido la boca con un mohín de repugnancia y ha exclamado: "¡Ay, Jesús; qué ordinarios! ¡Vaya por Dios!"

Ante todo conengamos en que por malo que sea hacer de paleta dentro de la literatura, es muchísimo peor hacer de "niño bien".

Y en cuanto a eso de que el ensayo "nos hace sufrir", aclaremos las cosas. Por mi parte puedo asegurar que lo que me hace sufrir no es el ensayo, sino el grupo de ensayistas selectos que nos gastamos por acá. Que nos reviente una buena parte de nuestros ensayistas no quiere decir en modo alguno que nos reviente el ensayo. A no ser que esos señores, con su acostumbrada modestia, se figuren que por el hecho de cultivar ellos el ensayo ya encarnan el género y que, por lo tanto, al combatirlos a ellos se combate al ensayo. Grandes ensayistas son, en mi sentir, Unamuno, Pérez de Ayala, Alomar..., y he leído y leo con devoción sus ensayos. Lo cual demuestra que lo que "nos hace sufrir" no es el género, sino el grupo de lechuguinos que les ha dado por cultivarlo.

Si, nos agrada el ensayo como género; pero no basta el punto de que por el hecho de que una serie de tonterías vayan vertidas en forma de ensayo nos creamos ya obligados a admirarlas.

Lo que "nos hace sufrir" es que en la hora presente los que se proclaman a sí propios cumbres de la intelectualidad se dediquen a incensar a los duques, a autobombearse, a hablar de modas, al dulce macaneo..., lo hagan en forma de ensayo o en forma de aleyunas.

Y repito, para terminar, que me considero muy honrado con ser "paleta de la galería", con "mis greñas y mi bota de morapio". Creo firmemente que si algo bueno se ha de hacer aquí en la hora presente lo harán los de la galería, de ningún modo esos exquisitos "pollos pera" de las butacas.

MARIANO BENLLIURE Y TUERO

El expediente de Herriot

Cuenta "Le Cri de Paris" que M. Herriot, al llegar al ministerio de Instrucción pública, ha querido conocer su expediente académico, archivado allí.

He aquí el informe que sobre él daban sus profesores: "Brillantemente distinguido. Su palabra es algo rápida; pero precisa. No carece de originalidad ni de elegancia. Además, parece instruido."

En 1903, siendo ya profesor M. Herriot, el inspector general señala su inclinación a la policía, y dice:

"Está en camino de hacerse orador, y es una lástima." Al año siguiente, 1904, el rector de Lyon, después de elogiar calurosamente a Herriot, añade:

"Es lamentable que M. Herriot se meta en política."

En 1910, el rector declara:

"M. Herriot está llamado a desempeñar, si quiere, un papel importante en Francia."

CRITICA Y COMENTARIOS

COCKTAILS

Don Emilio Junoy defensor de los humildes se ha metido con el "charleston".

Nuestro querido amigo podría también meterse con otras cosas que no son el "charleston".

Ahora que como que don Emilio es tan simpático no tiene enemigos, ni los siente y tiene que evadir su noble función de escritor metiéndose con la vaguedad.

Le sucede lo que a don Roberto Castrovido que cuando tiene que atacar a alguien le cuesta una enfermedad.

El distinguido periodista "madrileño" don Manuel Fontdevila ha pasado unas horas en Barcelona, de paso para Grannollers, a donde fué llamado para asistir a la fiesta Mayor.

Otra noticia. De paso para Madrid y procedente de Grannollers ha estado unas horas en Barcelona el distinguido periodista "madrileño", don Manuel Fontdevila que ha sido llamado para asistir a sus habituales tareas en la redacción de "El Liberal".

Durante su estancia en Barcelona fué muy agasajado por las damas de la Cruz Roja.

En Atenas las cosas no van del todo bien. Se están pegando. La cosa está que arde.

De ello tienen la culpa los que no debiendo entrometerse en las cosas, lo hicieron sin darse cuenta del daño que hacían. Las consecuencias un día u otro son siempre lamentables.

El conflicto minero británico sigue igual. Hay conflictos que a pesar de estar junto al fuego no arden.

Debe de estar mojado el carbón.

El "gran fakir de la democracia española", Angel Samblancat está recibiendo muchas felicitaciones por su libro "La casa pálida". Como ya debieron ustedes leer en el pasado número alguno de sus capítulos huelgan nuestros elogios. Es un libro estupendo.

El humorista Feliu Elias, "Apa", sigue caricaturizando. Tiene razón José María Junoy al decir que el caricaturista-dibujante-crítico-periodista, etc., es de lo más plebeyo que ha parido Cataluña. Elias con la capa de un humorismo falso es uno de los hombres más groseros y más hinchados que hemos conocido. Tratado no, porque no nos apetece su trato.

Por una vez y basta.

Podemos afirmar rotundamente que no escriben en nuestro periódico ni el señor Valentí y Camp ni el señor Gonzalo de Reparaz.

Al inaugurarse la VII Asamblea de la Sociedad de las Naciones, EL ESCANDALO saluda en ella al parlamento del mundo civilizado.

Ahí están congregados todos los países que sienten un anhelo de paz y de civismo superior.

Una vez decía Trotski en un discurso pronunciado en un Congreso panruso:

—Nuestro régimen político está aceptado por todos los obreros rusos. En las encuestas que celebramos cada seis meses para que nos apunten sus quejas y sus consideraciones sobre el régimen del trabajo no hay nadie que proteste, ni que señale una deficiencia. Ello quiere decir que todos están conformes con nuestra actuación.

"Del Hospital provincial de Madrid se han fugado dos individuos que estaban muy mejorados."

Es natural; si no hacían allí falta, ¿para qué estar molestando?

Un periodista húngaro se dispone a dar la vuelta al mundo a pie.

Seguramente podrá andar por los pueblos libremente.

El distinguido humorista don Juan Pérez Zuñiga ha firmado en una hoja del plebiscito recién realizado.

Eugenio d'Ors, colaborador de "A B C" sigue siendo un hombre de moda. Desde el "Blanco y Negro" y con la firma de "Un ingenio de esta corte" da cada semana recetas de cocina y la manera de llevar el último traje.

Los modistos de París se lo quieren llevar de director artístico de sus salones. Sería un "salonnard" distinguidísimo.

Les recomendamos que digan que sí a todo.

Es la única manera de vivir tranquilo.

El señor La Cierva ha abierto el pico desde Mula. Nos parece muy bien.

Se va poniendo de moda la inglesa del "wend-enk". El sábado y domingo últimos la gente abandonó las ciudades para irse al campo y pasarlo bien. Se notó una desanimación vivísima en las calles. El calor les había echado hacia la montaña.

Según el "Sport de Pesca", el Tajo, el Henares y el Manzanares van claros y el Jarama turbio.

Lo siento por los peces del Jarama, porque a río revuelto... Ya se sabe: ganancia de pescadores.

Un señor Del Toro, que llegó de Bruselas firmó y se volvió a marchar. Así lo decían los diarios madrileños.

La Unión de Picadores por no ser menos firmaron también.

Del Toro, Picadores, Bruselas. Una pica en Flandes.

"Alrededor del Mundo" se ocupa del problema "Los hombres del porvenir".

Pues ya necesita una buena linterna para encontrar dónde están, porque se hallan tan escondidos que no se vislumbran por ninguna parte.

De un periódico:

"La descomposición del comunismo ruso."

Esa descomposición podría evitarse.

Con una limonada purgante.

De "Informaciones":

"Un toro vendido en cuarenta y dos mil pesos."

Pues si eso costó el toro, ¿cuánto valía la merluza entera?

Del mismo:

"Hallazgo arqueológico."

¿De qué se trata?

¿Se encontró alguna cédula de Loreto Prado?

De "La Voz":

"Las locomotoras de petróleo."

Seguramente quien las inventó tenía mucho quinqué.

Leemos:

"Más cuadros de dolor."

¿Cómo son esos cuadros?

¿Al óleo o al pastel?

De una crónica de "Fabián Vidal":

"Como Mussolini, para complacer a los caseros, entre quienes tiene muchos partidarios, abolió la ley que impedía subir los alquileres, éstos son hoy en Italia quince veces superiores a como eran antes de 1915."

Evidentemente, los españoles llevamos en este punto una gran ventaja.

Los políticos del llamado antiguo régimen pusieron coto a la codicia de los caseros.

Y el régimen novísimo ha continuado esa política.

En otro caso, ¿dónde estaríamos ya los inquilinos?

De "Las Provincias" de Valencia:

"Se revisarán los precios de los libros de texto."

Y habrá muchas sorpresas.

Aunque no para los padres de familia, que lo saben todo.

De "El País" de Lérida:

"Se impone la selección en la familia."

Conformes.

Título del mismo periódico:

"¡Horchata, mucha horchata!"

Es una exclamación muy oportuna.

De "El Sol":

"El factor decisivo."

¿Por qué?

¿Es que factura con decisión?

Del mismo:

"La lluvia resuelve el problema del agua."

¡Y del vino!

De "La Libertad":

"Las mujeres prestarán servicio militar."

Las que se llaman Dianas, suponemos que no las aceptarán.

Porque si alguna toca a Diana, va a haber mamporros.

"En Riga, las mujeres aprenderán el ejercicio militar."

Eso sí que son tonterías y armas al hombro.

Nada, nada, que no vamos a quedar los hombres más que para espumar el puchero.

"La cuestión del Pacífico."

Por más vueltas que le doy no veo la relación.

¿Por qué se llama Pacífico siendo una eterna cuestión?

"Se incendia un avión y se mata."

Es decir, que el avión ha muerto achicharrado.

"Muerte repentina de una anciana de ochenta y cinco años."

¿Cómo repentina? Eso ya estaba previsto.

Dice "La Voz", de Madrid, en un epígrafe:

"Aún descargan tormentas."

¿Cómo aún? Ahora es el tiempo de ellas.

De un telegrama:

"¿Cuál será la mujer preferida en el próximo invierno?"

Eso lo sabe cualquiera.

En los inviernos lo que más se prefiere... ¡es una mujer de abrigo.

El "humorismo" de Pujols

Francisco Pujols ha publicado una obra en dos tomos titulada "Historia de la hegemonía catalana en la política española". En los dos libros y de la forma habitual en él, Francisco Pujols intenta hacernos creer que este trozo de España ha tenido siempre una gran influencia en el resto de la península ibérica. Algunas veces el ingenio de Paco Pujols es tan agudo y divertido que nos ha hecho creer en la verdad de sus asertos, pero los últimos capítulos de su libro son tan llenos de bombos y de afirmaciones optimistas que no pueden pasar sin nuestra más acre condenación. Está bien el humorismo, la ironía, pero cuando haciéndonos ver que es humorismo e ironía se nos quiere levantar la camisa tomándonos el pelo, no nos parece bien.

Señor Pujols: usted que es un humorista y socio de la Cámara de la Propiedad Urbana no podría dejar sus inquietudes espirituales a un lado. Comprendemos que quiera usted conseguir algo que todavía no se dibuja perfectamente en el horizonte material de su vida, pero de esto a querernos dargato por fiebre hay una diferencia extraordinaria. Nos hemos dado cuenta de su juego.

Se lo tendremos en cuenta. No ahora. Para dentro de unos años.

Lo único que nos extraña es que no hayan dicho aun nada en las planas de "La Publicitat".

Un caso de tontería

Laringitis, faringitis, pleuritis, meningitis, encefalitis, etc. son inflamaciones, respectivamente, de la laringe, faringe, pleura, meninges, encefalo... La tonteritis es, pues, inflamación de la tontería. Porque ésta, la tontería, sobre todo cuando es congénita o nativa y además exacerbada por el continuo ejercicio, sin el correctivo de una adecuada educación, acaba por inflamarse, con flemon, y hasta se encona y puede ocurrir que supure pus en forma de tonterías orales, escritas y determinativas. Es lo que ocurre al tonto congénito o nativo a quien, por circunstancias de familia o nacimiento, no se le cría para tonto. Puesto en una carrera que no sea la de tonto—que lo es—da en la tontería y se vuelve loco. Porque la tonteritis es caso de locura.

Una de las mayores tonterías que suele oírse es la de que los tontos no se vuelvan locos. Es una tontería que han inventado los tonti-locos, los atacados de tonteritis, de flemon inflamativo de la tontería, para defenderse, echándose las de locos puros. ¡Puros de tontería, claro está! Hemos conocido un tonti loco de éstos, un atacado de tremenda tonteritis, que exclamaba una vez: "¡Hoy no estoy para cuentos. Me vuelvo loco". Y es que no sabía la tabla de multiplicar. Y no la sabía por ignorancia invencible. Era de la laya de aquel delicioso tonto a quien como al examinarse le dijera el examinador: "Imagínese que un sastre compra tres metros y medio de paño a...", sin esperar el resto se fué al encerado y, tiza en mano, exclamó: "¡Sea equis el sastre!". Para los tonti-locos, las incógnitas son sastres. O acaso costureras.

Decía Nietzsche que la enfermedad apetece el veneno que la exacerba. Y el caso es que los atacados de tonteritis ponen todo su empeño en que los demás se enteren de lo tontos que son sus tonterías. El "tonterístico", o sea el atacado de inflamación de su tontería nativa, cuando los demás no se han percatado de alguna de sus tonterías, se vuelve a ellos y les dice: "Y conste que esto no es una tontería!" El tontérico se delata siempre a sí mismo.

Se puede soportar la tonteritis ajena hasta que la inflamación, el flemon, se encona y empozofa. Porque entonces ya se hace contagioso. Un tontérico así si anda suelto puede ser un gravísimo peligro para los conciudadanos que tengan que aguantarle.

La más terrible variedad de tonteritis es la tonteritis escolástica. Precisamente tenemos en mano una monografía, muy bien documentada por cierto, de un caso típico de tonteritis escolástica. El tontérico escolástico en cuestión acabó consumido por un ataque de delirio tremendo de tontería.

Por todo lo cual se ve la diferencia que va de un mero tonto—que suele ser un tonto resignado—a un tontérico.

Una gacetiilla

El otro día en la mayoría de los periódicos se publicaba la siguiente gacetiilla:

"Fallecimientos en el Asilo del Parque.
Últimamente han fallecido en este Asilo, Rosa González, de setenta y ocho años, natural de Almería, y un individuo de cuarenta años, del que sólo se sabe que se llama Eduardo y es valenciano."

Yo sabía algo más, mucho más, del muerto. Fui amigo de él cuando palmeaba millones en Méjico. Después, unos cuantos años después, volvimos a ser amigos en Barcelona. El millonario había quedado reducido a asilado del Parque. Yo era el único poseedor del secreto del altibajo de su vida.

En Méjico

Con Eduardo, "el Valenciano", como era conocido en el Asilo del Parque, me enfrenté por primera vez en Méjico. Fue en un bochinche y en plena farra. Recién llegado yo a Méjico, tenía todo el aire del gachupin. En el bochinche había una chinita linda que los que me miraban con más codicia que a una tumbaga ahita de resplandores. El tiroteo de miradas que se cruzó entre la chinita y yo, no pasó inadvertido para los que aquella noche estaban en el bochinche. Y tuve que aguantar las miradas agradables de ella y las de reto que los concurrentes, en su mayoría mejicanos, las miradas de éstos se clavaban en mí para resbalan después al cinto, donde no llevaban un rosario, según pude convencerme una hora después. Aun cuando sirviesen para idénticas fines, es decir, para un buen morir, no es lo mismo un pistión que un rosario.

—Pendejada sería que la chinita linda se hubiese vuelto chuela por el gachupin—oi decir a alguno.
—Pues como no se dilate horita el gachupin, ya puede poner dos velitas a la Guadalupe, porque le voy a chingar—oi decir a otro.

Estalló la tormenta. Tabletearon las bocas de las pistolas, salieron a reñir los facones, y cuando vi avanzar hacia mí a la Huesuda con la guadaña en alto para segar mi existencia, se interpuso entre ella y yo un compadre que, pistola en mano, se puso a platicar con mis atacantes.

—No séis macanas, que ya sabéis como yo las gasto si me pongo a tirar al blanco con vosotros.

Enmudeció todo el mundo. Cesaron de rebrillar los facones. Las bocas se plegaron. Las de las pistolas volvieron a los cintos. Mi valador y yo abandonamos el bochinche.

—¿A quién debo mi vida?—le pregunté.

—A un gachupin como vos—me contestó.



He aquí los ex hombres, los vencidos, los derrotados en la lucha por la vida, acogidos al amparo de la caridad oficial

LOS REPORTAJES INTERESANTES

UN EX MILLONARIO MUERE OBSCURAMENTE EN EL ASILO DEL PARQUE

Juan C. Cerranza

Aquel gachupin generoso y valiente, era Eduardo "el Valenciano".

Caminamos largo rato, silenciosos, por una calle de casas achataadas. Al pasar frente a otro bochinche, penetramos en él.

Detrás del mostrador había un mestizo que servía a los clientes.

—Buenas tardes, mi patroncito—le dijo a mi acompañante, asomando sonriente sus dientes de lobezno.

—Pómonos dos de aguardiente.

Mientras llenaba los vasos, Eduardo le dijo al mestizo:

—Este es como yo. Ya sabes lo que le quiero decir con ello.

Después se volvió a mí:

—Yo soy propietario de muchas casas en Méjico, sin embargo no os puedo ofrecer ninguna. Si necesitáis verme alguna vez venis a este bochinche y preguntáis a éste por mí. El os dirá dónde podéis hacerlo.

Nos echamos al colete el aguardiente y después de andar juntos unos pocos minutos, nos separamos tras de un fuerte apretón de manos.

Ursula López "la triple de los brillantes", Pancho Villa y Eduardo "el Valenciano"

A los tres días de aquello, volví al bochinche del mestizo. Al verme, sonrió, dejándose contemplar nuevamente su dentadura de lobezno.

—Horita vuelve el patrón.

Y sin que yo se lo pidiese, cogió un frasco de aguardiente y llenó un vaso que colocó frente a mí.

—Remojad vos el gaznate. Es del de los amigos.

Lo bebí de un trago.

—Sentaros mientras llega. No creo que se dilate mucho—agregó el mestizo.

Me senté en un taburete adosado a uno de los ángulos del bochinche, y esperé. La horita de que habló el mestizo se convirtió en 120 minutos. Transcurridos éstos, apareció en el dintel de la taberna Eduardo "el Valenciano", que al verme tendió su mano, que fue a emparjarse con la mía. El mestizo salió del mostrador y alargó un taburete a Eduardo, que fue a sentarse frente a mí misma mesa.

—Creí que no os iba a volver a ver—me dijo.

—Pues pensó usted mal. Yo soy hombre agradecido y sé cuánto le debo a usted—agregué yo.

—Usted no me debe nada. Aquello no tuvo importancia. Ya pasó.

Cerca de dos horas estuvimos hablando Eduardo y yo. De la conversación salí más amigos que cuando nos vimos por primera vez. Eduardo me describió su verdadera personalidad.

—Yo soy coronel del ejército del general Pancho Villa—me dijo.

Y como notase en mí un gesto de asombro, agregó:

—Ya sé lo que dicen en España del general Villa. ¿Que es un bandolero? ¿No es eso? Pues se equivocan.

Villa, ni sus hombres, somos bandidos. Nosotros somos los eternos revolucionarios, eso es. Nos echamos al campo para hacer la revolución, y continuamos en las mismas porque no hemos conseguido triunfar plenamente. Pancho Villa es muy calumniado, créame. Otra de las cosas que dicen de él es que siente un odio feroz por los españoles y que ahorca a cuantos caen en sus manos. ¿Qué patraña!

Es verdad que nosotros hemos abortado a gran número de compatriotas, pero por ser españoles, sino por dedicarse a la usura. Se ha tenenos a éstos declarada a muerte. Cuando tomamos un pueblo, lo primero que hacemos es colgar a los usureros, que siempre da la picaresca casualidad que son españoles.

¡Bastante lo siento yo que sean compatriotas! Pero no crea que me arrepiento de que les demos este castigo. El usurero es en todas partes del mundo un ser repugnante, pero en América lo es mucho más. ¡El daño que hacen a España estos lechuzas! El general Villa es español como vos y como yo. Mejor dicho, no es español. El nació en Puebla, quienes eran españoles fueron sus padres. Pero el general piensa y siente en español, sobre todo cuando el español no es usurero. Mire usted si siente en español, que de su corazón es dueña una española.

Ursula López, "la triple de los brillantes y del automóvil", como la llaman en Madrid. Usted no se puede imaginar lo enamorado que está el general de esta mujer.

El general se enamoró una vez para España con el exclusivo objeto de ver actuar a Ursula en el teatro de la Zarzuela de la Corte.

—¿Y Ursula conoce el amor que siente el general por ella?—le pregunté.

—Eso es lo que no sé. El general es muy reservado en este punto. Lo único que sabemos de su amor es que el general cuando Ursula ha actuado en Méjico, no ha dejado ninguna noche de presentarse en el teatro donde ha trabajado ella. Una noche estuvo a punto de ser cazado a tiros en la plaza del Nacional por los partidarios de Díaz, el presidente.

Un encuentro en el Parque de Barcelona

Yo estuve en Méjico un par de años. Durante mi permanencia no cesé de ser amigo de Eduardo "el Valenciano", el coronel del ejército revolucionario de Pancho Villa. Cuando regresé a España me instalé en Barcelona. Hará un año iba paseando por el Parque, cuando vi "enir hacia mí a un rostro conocido. ¿De qué conozco yo a este hombre?" me dije.

El me sacó de dudas.

—¿Ya no se acuerda usted de Eduardo "el Valenciano", coronel de Pancho Villa?—me dijo tendiéndome la mano.

—Ya lo creo que me acuerdo—le contesté al mismo tiempo que nuestras manos formaban apretado lazo.

Eduardo parecía gozar de muy poca salud. Estaba muy aviejaado. Su porte era lamentable. Habían desaparecido en él la arrogancia física y la del vestir.

—¿Qué es de su vida?—inquirí.

—Una desdicha, amigo. ¿Sabe usted adónde me dirijo? Pues al Asilo del Parque. Soy un asilado—me dijo con cierta amargura.

—Y a renglón seguido me contó el desarrollo de su hecatombe moral y económica.

—¿Usted recuerda que yo le dije en Méjico, cuando nos conocimos, que aún siendo propietario de muchas casas no le podía ofrecer mi dirección?

Asentí.

—Pues no lo engañé. Yo era propietario de una cincuenta de casas cuando me incorporé al ejército revolucionario del general Villa. Al hacerlo tuve que simular que había vendido las casas a un amigo. De lo contrario, el Gobierno me las habría confiscado, como hizo con otros que peleaban contra él en las filas acudilladas por el general. Aquel amigo me demostró que no lo era, pues a los cinco años de simulada la venta, aprovechándose de mi especial situación, me birló las cincuenta casas, cuyo valor es de unos 25,000,000 de pesos.

Villa tuvo que dejar de pelear. Nos licenció. Yo no quise entablar recurso contra mi expoliador. ¡Para qué! Sabía que no tenía que recuperar nada. Embarqué para España. En el vapor sufrí una congestión cerebral y me llevaron al Asilo al desembarcar en Barcelona. Poco a poco fui recorriendo la luz de la razón. Me sentí vencido.

¿Usted sabe lo que es eso? Pues lo que está viendo. Una gran abulia que impide rehacerse la vida. Una falta completa de voluntad. Mire usted si estoy farto de voluntad, que no poseo fuerzas ni para abandonar el Asilo. Y eso que no me pertenece estar en él. Algún día me van a echar. Creo que no me han echado ya por última que inspiro. Y eso que no conocen, como usted, mi vida.

—Si la conociesen—agregué yo—podrían esperar de usted que rehiciese su vida.

—Se equivocarian. Aquello ya se acabó. Se secó el caudal de mis energías.

—No será usted el equivocado, Eduardo? Pruebe a rehacer su vida. Hoy, por lo pronto, no vuelve usted al Asilo.

—Es inútil que usted quiera tenderme su mano. Insistí en mi oferta y él en su negativa. Manteniendo los dos nuestros diferentes puntos de vista, llegamos hasta el portalón del Asilo.

—Bueno, ya que insiste en quedarse en el Asilo, ¿me permite que venga todas las tardes a verle?

—Todas las tardes, no. Venga usted los jueves y los domingos.

Una visita al Asilo

Llegó el jueves. No tan pronto como deseé. Y encaminé mis pasos al Asilo.

—Soy periodista, y vengo a visitar a un asilado—le dije al portero.

—¿Cómo se llama ese asilado?—me preguntó.

—Titubé un poco al pensar que Eduardo nunca me había dado a conocer su apellido.

—Nombre, el apellido no lo sé. Se llama Eduardo y es valenciano—dije al portero.

—Lo mismo sabemos todos. Cuando se puso bien de la congestión, se le preguntó cómo se llamaba, y dijo que no se acordaba de su apellido.

El portero llamó a un ordenanza y le invitó a que me acompañase hasta el departamento de Eduardo.

Cruzamos un corredor largo y tétrico. En él nos cruzamos con una mujer joven. Detrás de ella venía una monja.

Esto es el infierno

Al cruzarnos con la mujer joven, se revolvió nerviosa hacia mí.

—Por favor, señor, ayúdeme a salir del infierno—me dijo.

Me paré. El ordenanza del Asilo, sonrió.

—Viene usted en nombre de Dios, verdad, señor?—continuó aquella.

La monja aceleró el paso a fin de reunirse con nosotros. Significó hablando aquella:

—Yo era muy feliz. A mí la vida me sonreía. Y un día cuando más confiada estaba, llegó el diablo, y con aquel tridente que lleva me pinchó todo el cuerpo hasta dejarme sin sentido. Aquí, aquí—y se señalaba la cabeza—fue donde más pinchó. Después me llevó a este sitio, al infierno, porque esto es el infierno, donde a veces noto como las llamas me incendian las carnes, abrasándome.

¿No se acerque usted a mí!—gritó—. ¡Se quemaría! Usted no ve las llamas que me rodean, pero yo sí que las veo. Y noto como torturan mi carne.

Y con los ojos más desorbitados que nunca, echó a correr pasillo adelante. La monja y el ordenanza siguieron tras ella, consiguiendo darle alcance.

—¿Qué le pasa, Paquita?—bibié, melosa, la monja.

—Que me quemó; que el diablo vuelve otra vez a atormentarme.

—No tema, Paquita. Ya sabe que estando conmigo el diablo no se atreve—agregó la monja.

Y la desventurada muchacha, medrosa, parecía querer fundirse en el cuerpo de la hermana.

El ordenanza y yo seguimos el camino. Atravesamos otros corredores, tan lóbregos como los anteriores. De algunos ascendían unas escaleras que conducían a los pisos altos del establecimiento.

—Arriba están los departamentos de los niños—me dijo el empleado.

Se cruzó con nosotros otro empleado, y el que me acompañaba le preguntó por Eduardo.

—Está en el patio de los locos—le contestó.

Y allá fuimos.

Don Pancho el inventor del movimiento continuo

Desembocamos en el patio. Por él paseaban unos doce asilados. Entre ellos se hallaba Eduardo, que salió a nuestro encuentro. El empleado se retiró.

—Sabía que vendría usted. Le esperaba—me dijo.

Nos pusimos a pasear por el patio. Se acercó a nosotros uno de los que se hallaban en el patio, y parándose, nos espetó:

—¿Aquí tenéis a don Pancho, el inventor del movimiento continuo. Si, señores, yo soy el inventor del movimiento continuo y el de la navegación submarina continua.

Sacó de uno de los bolsillos del chaquetón un papel, en el que había dibujado un barco y, mostrándomelo, agregó:

—Ahora estoy haciendo unos estudios muy profundos para conseguir aprovechar para el riego de los campos, el agua del mar. Esto—continuó mostrándome el papel—es un pequeño detalle de mi obra, que pienso defender de las garras del clero bajo, como del clero alto. Si, señores, el clero bajo es víctima del clero alto, y por ser víctima el quiere que lo seamos nosotros, los obreros proletarios, y a eso no hay derecho, porque si el clero bajo lo jorba el clero alto, ¿a nosotros qué nos importa!

Don Pancho se había exaltado, y las últimas palabras las pronunció lleno de furor.

—A mí, señores, me atacan los cléricos por medio de la electricidad.

Se mostró más sereno y agregó:

—¿Tiene usted un pitillo?

—Sí, me gustaria.

—Me voy, señores, porque ya veo que el clero alto y el clero bajo se disponen a atacarme con corrientes eléctricas. Me voy, porque no quiero que se equivoquen y les ataquen también a ustedes.

Y don Pancho se alejó de nosotros, echando bocanadas de humo.

¿Quiere usted ver todo el Asilo?

Eduardo me preguntó:

—¿Había estado ya en el Asilo?

—No—le respondí.

—¿Quiere verlo todo?

—Sí, me gustaria.

—Pues andando.

Y acompañado de Eduardo, comencé a recorrer el departamento tras departamento.

Los asilados me asietaban con sus miradas llenas de curiosidad. En el departamento de mujeres vi un rostro conocido. Pertenecía a una mujer más bien joven. De vientre dilatado. Parecía que estaba siempre embarazada.

Eduardo notó que yo la conocía y me dijo:

—¿La conoce usted, verdad?

—Sí.

—Es la mujer de la máquina. Se trata de una mendiga profesional. La llaman la mujer de la máquina por su manera de operar. Cuando sale a la calle, se acerca a los transeúntes y les dice:

"Señor, sería usted tan generoso de darme unos cuantos para rescatar una máquina de coser que tengo empuñada." Esta combinación le falla muy pocas veces. Yo he oído decir a otros asilados, de esos que vienen aquí a la fuerza que "la mujer de la máquina", cuando está en la calle, le sale más de 25 pesetas por día. La primera vez que la traje aquí la ronda de recogida de mendigos, pudo salir del Asilo porque convenía a un médico del establecimiento que estaba embarazada. Ahora la ha traído porque se presentó en el despacho de un juez que tenía que descubrir un crimen famoso, y le dijo que era necesario que descubriese al criminal, pues de lo contrario no podría ella dar a luz. Si se hubiese presentado al juez una sola vez, no

le habría ocurrido nada, pero es que "la mujer de la máquina" lo hacía diariamente. Llegó a ser la pesadilla del juez. "¿Adn no ha descubierto al criminal, señor juez? Descúbralo, señor juez, que mientras no lo haga no podré dar a luz." Y lo decía a sabiendas de que no estaba embarazada.

El mudo orador

Cerca de nosotros pasó un individuo, alto, huesudo, de ojos pequeños y azules como parecían flotar en una fuente de salsa roja.

—A éste también lo traje la ronda de recogida de mendigos. Se situaba todas las noches en la Rambla de Cataluña. Del cuello le pendía un cartel que decía: "Padres que tenéis hijos, madres que también los tenéis, tened compasión de este pobrecito mudo que no ha podido ser suavisado la alegría de su padre y de su madre por no poder decir papá y mamá."

Los agentes de la ronda de recogida de mendigos también tienen su corazoncillo, y lo dejaban pedir. Empero un día que el "mudo" bebió algo más de la cuenta promovió un fenomenal escándalo oratorio en una taberna de la calle del Mediodía, y a partir de aquel momento, pasó a figurar en la lista de los mendigos que había que recoger.

En el departamento de los niños

Es el mejor instalado. Sin embargo, es el más silencioso del establecimiento. En otros departamentos los oídos recogen alguna que otra risotada. En el departamento de niños, no; los pequeños asilados no rien nunca. Se les ve siempre tristes, taciturnos. Parecen gorriones enjaulados.

—Este es el departamento más triste del Asilo. Y es una tristeza que se contagia. Las monjas que están al frente de este departamento se vuelven melancólicas.

A los empleados del Asilo les ocurre lo mismo. Los visitantes recorren los otros departamentos con más o menos indiferencia, pero cuando entran en éste se les ve asomar la tristeza por los ojos—dijo Eduardo.

La madre que tenía empeñados a sus hijos

En mitad de la sala del departamento de niños, había un grupo formado por una mujer de aspecto modesto, una monja y cuatro chiquillos. Estos parecían colgar de la falda de la mujer. Decía ésta a la monja:

—Yo no sé cuándo voy a poder rescatarlos todos, hermana. Trabajo como una desesperada para conseguirlos.

—Y Enrique? ¿Y María?—preguntó la monja.

—Los dos están ya muy grandecitos. No quiero traerlos.

(Termina en la pág. 6.)



He aquí un grupo de viejas asiladas. Alguna de ellas acaso fué bella, rica. Acaso por sus hechos empuñara un príncipe ruso o un concejal. ¿Quién sabe?

EL TABLADO DE ARLEQUIN

Universitat Autònoma de Barcelona

LOS REPORTAJES DE ACTUALIDAD

VALERIANO LEON ES UNA FIERA

(Final de la pág. 1.)

Pero la misiva leonina ha tenido una consecuencia inmediata muy lamentable.

El señor Serrano, al leerla, ha sido víctima de un ataque que ha puesto en peligro su vida.

Leyéndola en el vestíbulo del Hotel de Oriente, cayó al suelo, sin conocimiento, como herido en el corazón por una bala.

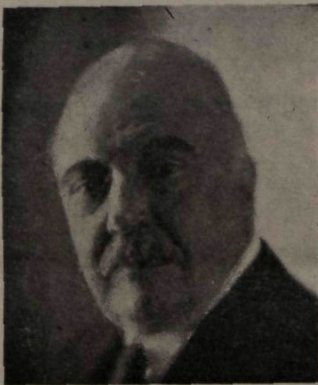
La dependencia del Hotel, ayudada por don Manuel Luengo —ex secretario del Gobierno civil, ex gobernador de Filipinas y Canarias, etc., etc.—condujo al señor Serrano a su habitación, dejándole instalado en el lecho.

En vista de que el popular empresario seguía sin dar señales de vida, se avisó a un médico, que examinó al enfermo, encontrándole en estado de extrema gravedad.

Los recursos de la ciencia reanimaron un tanto—que se lo apunte el médico—al señor Serrano algún tiempo después, haciéndole recobrar el conocimiento a las dos horas y media y cuando ya se habían perdido las esperanzas de salvar su vida.

El enfermo seguía en estado de tremenda postración cuando le visitamos.

El doctor recomendó que nadie entrara a molestarle, pues ello podría determinar una agravación sensible.



JOAQUIN CABOT

Que en su testamento ha dejado una importante cantidad para reedificar el Tívoli

(Final de la pág. central.)

los aquí para que no repitan la escena que dieron al ver que me llevaba sólo a ellos.

—Y hoy se lleva a alguno?—añadió la monja.

—A Pepito y a Luisa. Ahora ya puedo mantener a los cuatro.

—Ve usted como Dios es misericordioso y no olvida a los buenos. Trabaje, luche, acaso antes de lo que se imagina, podrá usted mantener a los dos que quedan aquí, y también se los llevará.

—Ese día será el más feliz de mi vida, hermana—suspiró la mujer.

Después ésta besó a sus dos hijos que quedaban en el Asilo.

—Dentro de una semana vendré por vosotros.

Los cuatro se pusieron a llorar. Pepita y Luisa hipaban.

—Yo me quiero quedar con Juanito y Carmeta.

Juanito y Carmeta lloriqueaban.

—¡Yo quiero irme! ¡Yo quiero irme!

Pasó aquella mujer y sus dos hijos frente a nosotros. Por su rostro asomaba la alegría y el dolor. La alegría que le producía el desempeño de otros dos hijos y la tristeza que le causaba el no poder hacer lo mismo con los otros dos que quedaban en el Asilo.

—Escenas como ésta se repiten con frecuencia. Yo llamo a esto el desempeño de los hijos—expresó Eduardo.

—Y, ¿por qué no desempeña usted su espíritu y abandona el Asilo?—le dije yo.

—Ya lo dije que era inútil que usted se esforzase en sacarme de esta vida. He decidido morir en el Asilo.

Y así ocurrió.

Eduardo, en el Asilo no supieron nunca quién eras. Yo lo supe. Empero también a mí me ocultaste algo, acaso lo más interesante de tu vida. Las causas de tu insistencia en querer morir en el Asilo.

En vista de ello, nos retiramos prudentemente, y con un susto de mil demonios.

¡Pobre don Mariano

EL ADMINISTRADOR DEL TIVOLI, SEÑOR VILLEMORE, SUFRE UN ATAQUE DE LOCURA

Inmediatamente nos dirigimos al teatro Tívoli, con ánimo de completar esta información.

Allí nos encontramos con un cuadro todavía más triste que el que acabábamos de presenciar en el Hotel de Oriente.

De la Administración del Tívoli partían unos gritos desgarradores.

Dominados por un indecible espanto penetramos en la administración, y allí vimos en tierra, agitado por terribles convulsiones, echando espuma por la boca, a nuestro amigo Villemore, que tantos "vales" nos ha proporcionado en esta vida.

Trataban de sujetarle, vanamente, cuatro o cinco amigos, entre ellos Luis Angulo, que, por cierto, tenía una palidez mortal.

En aquel momento llegaron los "loqueros" del manicomio de San Baudilio de Llobregat, que habían sido avisados telefónicamente, y que tras de colocarle una camisa de fuerza, se llevaron a Villemore en un auto hacia el "benéfico establecimiento". Villemore seguía dando gritos, entre ellos éste, que quedó grabado fuertemente en nuestras trompas de Eustaquio:

—Si él es León, yo soy un tigre. ¡Húuuu!...

Villemore se había vuelto loco al leer la terrible carta de Valeriano León.

LUIS ANGULO EN EL HOSPITAL CLINICO

Cuando el infortunado Villemore, iba camino de San Baudilio, se produjo una nueva desgracia.

Luis Angulo sufrió un desvanecimiento y hubo de ser conducido a la Casa de Socorro del Distrito, desde donde se le trasladó al Hospital Clínico, en una de cuyas salas quedó instalado convenientemente.

El estado de Luis Angulo, que, como es sabido, tiene a su cargo la sección de propaganda del Tívoli, no inspira, afortunadamente, gran cuidado.

EL SEÑOR MARTI HUYE AL EXTRANJERO

En aquel momento se recibió en el Tívoli una noticia gravísima.

Abrumado por los horribles acontecimientos que relatamos, el representante de la propiedad del teatro Tívoli, señor Martí, había huido al extranjero.

Un telegrama fechado en Perpignan, daba cuenta de que el señor Martí había traspasado la frontera.

No pudiendo resistir los efectos de la tremenda catástrofe, huía de Barcelona, desesperado, abandonando a su familia y sus negocios.

Hombre de honor, el señor Martí no vaciló entre abandonar la responsabilidad de los múltiples negocios, cuya dirección administrativa le ha sido confiada y seguir en Barcelona bajo el peso aplastante de una catástrofe como la que había producido la carta de Valeriano.

Al salir de Barcelona había dicho el señor Martí a un amigo:

—Me voy, porque después de lo sucedido, no me quedaba más remedio que matar a Valeriano León o a Mariano Serrano. Y soy enemigo del derramamiento de sangre, ya sea de empresario, o ya sea de actor.

EL SEÑOR CABOT SE SUICIDA

Por si todo esto fuera poco, una nueva desgracia vino a conturbar el ánimo del repórter.

En la Comandancia municipal, al examinar los partes en que se da cuenta de los sucesos, tropezaron sus ojos pecadores con uno que le sumió en la mayor de las amarguras. Decía así:

"El guardia número 121 pone en conocimiento de la Superioridad que, personado en el "Orfeo Catalá", desde donde se le había avisado momentos antes, encontró tendido en el suelo, en un charco de sangre, el cadáver del señor Cabot, propietario de dicho local y del teatro Tívoli.

El señor Cabot tenía en la mano derecha una pistola, y presentaba una herida en la frente.

En los bolsillos se encontró, entre otros papeles, la siguiente carta:

"Que se culpe a Valeriano León de mi muerte."

El repórter no necesitó más para deducir que esta nueva catástrofe tenía por causa la carta de Valeriano.

UN DERRUMBAMIENTO EN EL TIVOLI

Volvimos al teatro Tívoli para poder seguir informando con todo detalle a nuestros lectores, y al llegar al coliseo de la

calle de Caspe, llamó nuestra atención una brigada del cuerpo de bomberos.

¿Qué pasaría?

Con el heroísmo que nos caracteriza, penetramos en el Tívoli y presenciábamos un nuevo y terrible efecto de la catástrofe.

El edificio del Tívoli, herido en su amor propio, no había podido resistir a la vergüenza que para él significaba el desdén de Valeriano León, y se convirtió en una nueva víctima.

La techumbre entera se vino abajo, cayendo con estrépito horrible sobre la platea.

Afortunadamente no ocurrieron desgracias personales, que hubieran agravado las consecuencias de la tragedia que relatamos, porque la platea del Tívoli, en el momento de ocurrir el derrumbamiento, presentaba el mismo aspecto que durante una representación de "La Marieta de l'ull viu".

La catástrofe produjo gran impresión, teniendo que ser auxiliados en las farmacias próximas, a causa del susto, algunos transeúntes y varios vecinos.

El rasgo de dignidad y amor propio del edificio del Tívoli, ha merecido generales elogios.

Por nuestra parte, felicitamos a la casa constructora.

EL SEÑOR SERRANO ENTRA EN EL PERIODO AGONICO

Al cerrar nuestra edición, nos comunican por teléfono que el señor Serrano ha entrado en el período agónico.

Los auxilios de la ciencia han sido ineficaces para contrarrestar en el organismo de don Mariano los efectos mortíferos de la carta de Valeriano León.



FRANCISCO MARTI

Retrato obtenido por nuestro activo corresponsal en Oslo, lugar adonde ha ido a parar el señor Martí en el primer impulso de su precipitado viaje

Seguramente el señor Serrano va a sucumbir, víctima de una ligereza suya, cuyos desastrosos efectos no pudo prever.

Claro está, que en un momento de lucidez, como se esperaba de su caballerosidad, ha mostrado su arrepentimiento, prometiendo que no "lo hará más", si por acaso la Providencia se digna conservarle la vida.

LO PEOR QUE PODIA OCURRIRSE NOS - ¿QUIEN ES VALERIANO LEON?

Cuando acabábamos de redactar esta información, nos ha ocurrido algo escalofriante, que vuelve a sumirnos en un mar de lágrimas.

Estábamos leyendo a unos amigos las cuartillas precedentes.

Las escuchaban periodistas, cómicos, abonados al teatro, un jefe de "claque".

Y en nombre de todos, uno hizo la siguiente pregunta:

—Bueno. Y, ¿quién es Valeriano León?

—¡Ah! ¿Pero no lo saben ustedes? Pues es un actor cómico que trabaja en el teatro del Centro de Madrid, del que, por cierto, es empresario don Mariano Serrano — aclaramos nosotros.

—Pero, ¿porque no va al Tívoli Valeriano León han ocurrido todas esas desgracias?

Y entonces, concluimos la conversación y este reportaje diciendo:

—Por lo menos, él se cree eso...

No hay nada tan ridículo como la vanidad de un cómico.

ESTE NUMERO HA SIDO

PASADO POR LA PREVIA

CENSURA GUBERNATIVA

EL TABLADO DE ARLEQUIN

“RHAQUEL”

EL ESTRENO DE LA PRIMERA OBRA DRAMÁTICA DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Asistimos al estreno de “Rhaquel”, la primera obra teatral de don Miguel de Unamuno.

Antes de comenzar la representación, cumplimos con un deber que juzgamos inexcusable. El de felicitar a Enrique de Rosas, el gran actor argentino, que ha recabado para sí el honor de dar vida, con su compañía, a la primera obra teatral de Unamuno. Si nuestra consideración hacia el arte prodigioso de Enrique de Rosas, se ha acrecentado con una nueva creación: la del avaro de “Rhaquel”; nuestro cordial afecto hacia el eminente autor norteamericano, se ha hecho más profundo y más firme, a partir de esta fecha.

“Rhaquel” es una artista—un carácter femenino de una pieza—que ha llegado a las cumbres de la riqueza y de la fama tocando el violín. Entregada por entero a su arte, lleva adherido a ella a su marido, a quien llaman el “violonista”, como administrador, como secretario, pero sin que haya entre ellos la identidad espiritual que hace santa y fecunda la unión de dos seres. El es de una sordida avaricia, que se manifiesta en todos los actos de su vida. Es de una miserable avaricia, que le lleva hasta no ver a su mujer más que como productora de dinero. La quiere por eso: porque gana dinero. Y de su persona son las manos lo que más estima, porque ellas arrancan al violín las melodías maravillosas que agradan al público.

Incapaz de sentir una pasión desinteresada, no comprende la satisfacción de hacer el bien, y cierra su bolsa y niega sus brazos a su propia familia, que vive en la pobreza. La sordidez de su marido, tiene a Rhaquel sometida a una angustiosa esclavitud. Ella, alma de artista, gustaría de pasar, por la vida, prodigando románticamente su arte y sembrando el bien. Querría trabajar por algo más que por acumular dinero—el dinero que su marido acrecienta en especulaciones usurarias—. Sueña con tener un hijo, o varios hijos, para dar un sentido de fecundidad a su vida, para tener a quien hacer feliz, para que en su torno reine la alegría.

En la lucha de estos caracteres, está el drama. En los dos primeros actos—impecable el primero, el segundo un poco igual a él, y por tanto, menos interesante—asistimos a la lucha entre estos dos temperamentos opuestos, entre los que la fatalidad ha abierto una sima, que ya no podrá hacerse desaparecer. Rhaquel, requerida por su primo—y su primer amor—, para que cuide en su enfermedad a un hijo que hubo de otra mujer que le abandonó, saldrá de su casa, liberándose de la esclavitud a que vivía sometida, huyendo de la esterilidad que la consumía, para ir allá donde la están llamando sus incomprensidos anhelos maternos. E irá valientemente, resuelta, porque la vida y el amor la empujan fuera de la cueva sordida en que ha vivido encerrada hasta entonces.

Unamuno, acaso en un exceso de preocupación, por no abrumar a sus personajes con un farrago de literatura—achaque propio de todo principiante—, ha escrito una obra esquemática, en la que las escenas se suceden rápidamente, sin trucos habilidosos que distraigan al espectador de la acción del drama. Para decirlo con frase expresiva, aunque vulgar, va al bulto, al conflicto, al drama, con una valentía propia de su talento y con una seguridad que descubre a un dramaturgo genial. “Rhaquel” no es todavía la obra teatral definitiva de Unamuno. Pero no es tampoco un mero intento. Por la reciedumbre de los caracteres que en ella juegan, por el brio con que está trazada, por la belleza del diálogo—que tiene pensamientos felices—y por el acierto de algunas frases bellísimas, es una obra muy considerable, algo que hay que colocar en lugar aparte en la producción teatral de estos tiempos, con todo respeto.

La interpretación que la compañía Rivera de Rosas dio a la obra de Unamuno, fué muy plausible. Aparte la creación genial de Enrique de Rosas, de que ya se ha hablado, Matilde Rivera dio a su personaje el cálido acento que requería, y los demás intérpretes realizaron su trabajo con singular acierto.

Al estreno asistió bastante público, aunque no el que debía haber concurrido.

En honor a don Miguel de Unamuno y de los intérpretes de su obra, resonaron entusiastas ovaciones.

ANDRES HURTADO.

De todos y para todos

La compañía “Alma”, que, como ya dijimos, fracasó estrepitosamente en el Poliorama, había actuado hace un año en el Folies Bergère.

—¡Vaya unas novedades con que obsequia al público barcelonés la madrileña empresa de Lara.

Menos mal que a continuación presenta a Carmen Flores. Y también, en calidad de novedad.

Sigue el cierre, lento pero continuo, de cafés-conciertos. Al Montecarlo y al Edén, ha seguido el Folies Bergère. Está visto, que la gente se está volviendo de buenas costumbres.

El cartel del Goya:

“Muchas se casan.”

Sí, todo lo que ustedes quieran; se casarán muchas, pero son muy pocas las que van al teatro.

La Ladrón de Guevara y Rivelles se dedican a “Hacer el amor”.

¡Que aproveche!

Vidal y Planas estrena en el Goya una obra titulada “Una casa bien”.

Debe ser de cinco duros.

Algunos periódicos citan en la lista de los intérpretes de “Las mujeres de Lacuesta” a la señorita “Avellana”. Es una equivocación. Se trata de la señorita Arellano. Que aunque no sea avellana, está para comérsela.

Una nota de sociedad: Han hecho las paces y bailan juntos el “charleston” en el Victoria, la Margot y el negro Bubby W. Curry.

Hasta la próxima

Nuestro consecuente correligionario Juan José Méndez de Vigo y Beranger, ha sido nombrado gerente del teatro Romea, de Albacete.

Le deseamos que no tenga que cobrar en naranjas.

El sábado se celebró la 50 representación de “Joy-Joy” en el Cómico, con más éxito aún que el día del estreno. Es costumbre de la casa—.

Casimiro Giral y Luis Capdevila han estrenado en el Tivoli un drama titulado: “El ídolo de carne”.

No tiene música de Kalmann. Más parece del maestro Orbala.

En Eldorado ha actuado un tenor llamado Carasusau.

Por si se trata de un estornudo, diremos: ¡Jesús!

Pepín Fernández está en Barcelona en calidad de automovilista.

No hay como ser rico para permitirse tales lujos.

Por cierto que su hermano Manolo ya no forma compañía para Buenos Aires.

Así nos lo ha asegurado Luis Calvo, que dice que lo sabe de buena tinta.

La compañía “Alma” ha ido a parar al Circo Barcelonés.

Lo que dicen los norteamericanos: “Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio”.

En respuesta a una consulta que se nos hace, podemos asegurar que “Ya es mucho capitán”, la zarzuela que se representa en el teatro Victoria, no es de Benavente.

Los del Español han publicado una kilométrica lista de obras que tienen en cartera.

Si es verdad que todas están en el teatro, va a ocurrir algún derrumbamiento.

Los “tulipacios” del Cómico han recibido una postal de Paco Madrid y Braulio Solsona, fechada en Fraga, país de los higos.

Ya nos permitirán ustedes que no reproduzcamos el texto, porque a lo mejor hay alteraciones de orden público.

Dentro de poco tendremos el gusto de comunicarles la noticia de que una conocida tiple y un distinguido tenor se van a liar a trompazos en cuanto se crucen.

Y es que hay cosas que no deben decirse en las mesas de los cafés. Y mucho menos en las del Boer, porque siempre hay quien tiene ganas de meter líos. Pongamos por caso a Manolo Fernández, por excepcional persona discreta.

Y a propósito de Manolo Fernández. Ahora va diciendo por ahí que le querían contratar en un teatro de Budapest

y que se ha negado a ir porque se va a América de cazador de loros.

No nos lo creemos aunque nos lo diga el Mero.

En la platea del Barcelona hay un aburrimiento sensacional.

Ni la belleza de la Ladrón ni la gracia galaniana de Rivelles consiguen animar el teatroito.

Igual sucede en el “Poliorama”.

Así da gusto de oír al empresario que le gustaría romper el “jalma!” al que le ha metido en el negocio.

En el Goya han empezado muy mal la temporada. Ni Porredon, ni la distinguida señorita Ruiz atraen a la gente.

Nuestro buen amigo Novo si tuviera pelos se los arrancaría.

Y de esto tienen la culpa los empresarios porque si todos ellos estrenaran obras de Avelino Artis, Adolfo Marsillach, Cristóbal de Doménech, y del autor de “La reina Inca” llenarían los teatros.

Jaime Borrás prepara una espléndida temporada.

Exactamente no se sabe si en “Ba-ta-clan” o en provincias.

Nuestro distinguido hombre de teatros como le ha llamado “La Noche”, señor Rigol va diciendo por ahí: —Ahora cuando debutemos en Novedades tendremos un gran éxito.

Habla en plural porque es amigo de Borrás (Borrás, don Enrique).

En el Victoria siguen ganando dinero.

Y es que Lolita Arellano trae suerte.

Rosita Rodrigo está más solicitada que un 13,000 en día de apuros.

Por algo la niña es tonta y gallega, ¿no?

A que no saben ustedes por qué han retirado de la revista del Cómico el cuadro aquel del incendio. Porque Miguel Lamas está enfermo y no puede hacerse. Sí, si no puede hacerse aunque no trabajaba por aquello del “bosque en lamas”.

Emilio Junoy ha leído una comedia en tres actos a de Rosas y a Mariano Serrano. No se extrañen: ha gustado muchísimo.

Margot y Bubby W. Curry, el negro que tiene el alma blanca se exhiben todas las noches en el escenario del Victoria.

Ahora resulta que todo aquello de las amenazas de muerte y del revólver no fué nada más que un reclamo que llevaba secreto Pepe Gisbert.

Un excelente truco, vaya.

Ante la obra de don Miguel de Unamuno ha habido crítico que se ha sentido superhombre. Y ha dicho muchas tonterías. Les enviaremos un pienso de honor.

Lo que preparán varios autores y sus cómplices

¿Cuántas obras prepara usted para la próxima temporada? Poal Aregall: 8 dramas, 6 comedias, 5 sainetes, dos zarzuelas y una revista para Vilafranca del Panadés titulada: “Ja’t tinc!”.

Manolo Fernández: una refundición de “Que és gran Barcelona!”, con música de Ricardo Wagner (un novel).

Salvador Vilaregut: 84 traducciones de Labiche, Feydeau, Hennequin, Pirandello, Bernard Shaw, Carlos Arniches. Yo soy un romántico y por lo tanto no me gusta perder el tiempo. Traducciones y trimestres, ¿comprenden?

José María de Sagarra: 6 dramas poéticos más o menos en verso, de cinco actos cada uno; tres traducciones de Molière. Ya no quiero hacer más revistas porque dan mucho trabajo y dan poco dinero.

Maestro Morera: le voy a poner música a “La gitanilla” (Cervantes); a “La vida es sueño” (Calderón); a “Le malade imaginaire” (Molière); a “Così e... (se vi pare)” (Pirandello); a “Hamlet” (Shakespeare); a “La verbena de la Paloma” (adaptada al catalán) y al lucero del alba.

Luis Capdevila: Cinco dramas en colaboración, con cinco amigos míos que escriben muy bien; tres zarzuelas con colaboración, con cinco músicos húngaros que no son amigos míos, pero que hacen música estupendamente; siete sainetes en colaboración, con siete muchachos que no conozco, pero que tienen mucho talento y máquina de escribir.

Angel Marsá: Hombre, la verdad, yo no preparo nada, pero si puedo estrenar un trajoito, lo estrenaré.

Els menús més deliciosos són els del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :: Café - Bar - Restaurant

EL ESCANDALO

UNAB
REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

La vida cara

Tanto como los litigios políticos o sociales, que acaparan siempre la actualidad, uno de los más interesantes problemas a resolver es el de la vida cara.

He aquí una importante cuestión, cuya inquieta realidad debe torturar en todo momento los cerebros de los gobernantes. Las autoridades que sepan llevar con dignidad el poder público y se preocupen un poco de las ciudades de una nación, deben de atender con la máxima atención este arduo problema. Harán una excelente labor y su obra será debidamente ensalzada.

Para la clase media, sobre todo, la resolución de tan pavorosa lucha por la vida es fatal, ya que si han aumentado de una manera escandalosa el precio de todos los artículos de que se ha de surtir para su existencia, su sueldo continúa siendo tan mezquino como lo fué siempre.

El gobernante que resuelva, o cuando menos atenúe tal problema, será el ídolo del pueblo y el único capaz de acometer con éxito el tan cacareado y difícil problema de regeneración, que tanta falta nos está haciendo.

Desarrollar una seria labor de subsistencias, hacer que sea una realidad el abaratamiento de los artículos de primera necesidad; conseguir, y no es mucho, que la vida sea posible, veréis entonces como por encanto curan todos los males que nos aprisionan y afligen.

Todos nuestros conflictos, todas nuestras intranquilidades, se reducen, principalmente, a que con dificultad y haciendo muchas piruetas podamos vivir. No se trabaja más que para poder comer, y con tan lamentable perspectiva se forma ese ruin estado de egoísmo que nos corroe, asfixia y mata.

Basta recordar que antes era nuestra ciudad una de las capitales relativamente módicas, a cuyo poderoso aliciente había que añadir la excelentísima bondad de todos los servicios en toda la gama de su heterogeneidad.

Los pisos de alquiler menudeaban amplios y ventilados, a precios no muy caros. La plaza bien surtida y barata, proporcionaba ocasión a que el genio industrial de los catalanes "hiciera filigranas" en aquellos modestos, pero luminosos, restaurantes con que Barcelona copió el modo de París, y tenía una buena comida en las Ramblas, incluso con camareros de frac, "tzigans" y hasta una copa de champaña a los postres, por catorce reales.

Los muebles estaban "tirados". Al entrar en los grandes bazares, estilo Monumental, típicos de la capital de Cataluña, era tan sorprendente la variedad inmensa de géneros como su baratura singular. Entonces podía incluso casarse cualquiera. Hoy estimamos que es una locura hacerlo.

Cuando todavía no había surgido por España la fiebre de los bares, en nuestra ciudad comenzó a practicarse este sistema de consumo a económicos precios con un éxito enorme, asombroso.

Y había tarifas tranviarias verdaderamente hechas para el pobre, y diversiones a granel por pocos céntimos.

Hoy, lector, desgraciadamente, todo lo dicho no es más que un recuerdo histórico. Las alteraciones en los mercados que ha traído la pasada guerra, azote de la humanidad, el exceso de industrialización habido ahora en la capital, la afluencia enorme de viajeros en todas partes, el egoísmo de los capitalistas, ha hecho que en la Barcelona de hoy día le cueste a uno un sentido hasta el respirar, y eso pagando las aspiraciones de oxígeno como si fueren radium.

Piso no se encuentra si no es pagando un traspaso exorbitante. Almorzar en un restaurante de tercer orden vale seis o siete pesetas y una destartada habitación para dormir en un quinto piso, cuest lo menos doce duros. Para comprar un menaje de casa se necesita ser un Crespo, y con los espectáculos no se puede ni soñar, porque para ir a cualquier parte se necesita pedir una paga adelantada. Ha encarecido hasta el tener novia.

En fin, señores, que a los que no somos millonarios no nos queda otra solución que aburrirnos y hacer milagros para pasar esta pícara existencia hasta tanto el precio de las cosas no se ponga a tono con nuestros bolsillos y desaparezca el abrumador alud materialista que nos domina.

Una nueva cruzada contra la vida cara o para la consecución de un proporcional aumento en el sueldo de los que trabajan, sería, verdaderamente, algo heroico y asaz necesario y cual se hacía en los tiempos medievales en las luchas contra los infieles, habremos de formar una Liga Santa y pedir el apoyo del Sumo Pontífice para ver si logramos salir victoriosos con nuestras justas y legítimas aspiraciones.

FRANCISCO ALDAZ.



ROSARIO COSCOLLA

la gran actriz, que hizo a las mil maravillas el papel de protagonista del drama "Iris", de nuestro compañero Angel Samblancat

ENSAYOS

La casa del descanso

Después de luchar en la vida, todos los hombres piensan en un descanso para la vejez. Ahorrar para la vejez, construir una casa para la vejez, elegir un paisaje para la vejez... propósitos todos ellos muy laudables, y que deben fomentarse por todas las sociedades que prevén y aseguran el porvenir; pero que no son, en realidad, sino una forma de prepararse para la muerte. Yo he conocido en un pueblo próximo a Biarritz un viejecito que ha construido una casa, para el descanso final, de un modo delicioso.

En su juventud, este viejecito fué marino, y allí está en el salón retratado a los veinte y tres años, cuando recorría todos los mares del mundo, como un niño grande al que sus padres no se deciden a cambiar el traje de marinero. Después ya se fijó un poco más en la tierra, y se estableció en la ciudad, con una gran tienda de artículos de viaje y de pesca. Aquello no era sino un reflejo de su vocación irresistible. El mar y los viajes. Pere este mismo trato íntimo con los baúles y las cañas de pescar, en los momentos de descanso, le hacía pensar en su casa para la vejez, y, al fin, un día se jubiló voluntariamente, dejó sus baúles y sus cañas, y proyectó su casa de descanso entre la carretera y el mar. Todos los automóviles que vienen de España pasan por delante de su casa. El, sentado en una butaca de lona, en el pequeño jardín, con un periódico sobre las piernas, los ve pasar, y yo sé que más que en los automóviles se fijan sus ojos en el baúl que llevan detrás.

Uno de los grandes placeres de este viejo, es invitar a la gente a ver su casa. El quiere recibir de todos los hombres un homenaje de admiración por su casa de descanso. Los niños suelen ser los más propensos a desbordarse de entusiasmo en la casa del viejo retirado. Es una casa que, en pequeño, tiene todas las cosas que, en grande, vemos en el palacio de un coleccionista. Objetos de la India, de Egipto, de China... Porcelanas, armas, copas de metal...

A mí me ha llevado también a su casa. Le conocí pescando en las rocas, e, inmediatamente, me invitó a visitar sus colecciones. En el camino fueron agregándose niños insaciables por las maravillas del viejo retirado. Su mujer ya estaba acostumbrada a estas caravanas. ¡Qué esfuerzo de imaginación representa el haber agrupado estos objetos! Flechas envenenadas, un chino de cera con una coleta formidable, pescados extraños de mares desconocidos... Y, entre todas estas cosas, un magnífico barco en un fanal. A los niños les cuesta trabajo el apartarse de este barco, en el que parece encerrarse toda la juventud del viejo. Un barco dentro de un fanal es siempre un elemento de emoción indescriptible.

Otra cosa descubrimos en los rincones de la casa. La afición que el viejo ha tenido a la ópera. Por todas partes tenores y contraltos, con dedicatorias efusivas. Mientras enseña la casa, el viejo tararea algunos motivos italianos. ¡Admirable jubilación! El hombre de los viajes espera serenamente la muerte entre la carretera y el mar.

FRANCISCO DE COSSIO.

Los libros de texto

Seguirá mucho tiempo—aun después de los últimos decretos del poder público—chisporroteando en la Prensa la áspera riza entablada acerca o en torno de los libros de texto.

—¿Texto único? ¿Texto múltiple?—preguntan los beligerantes, los polemizantes.

Contestación nuestra al canto:

Nos contentaríamos de momento con que los textos de Institutos y Universidades estuvieran escritos en mediano castellano y, si puede ser, con algo, con la mayor cantidad posible de sentido común.

Como se ve, no somos muy exigentes en la materia. ¿Para qué lo vamos a ser? ¿Qué sacaríamos de serlo? Los eminentes profesores, los ilustres maestros que escriben con los pies—que los hay—, ¡aprenderían a hacerlo con la cabeza? Los que traducen sus manuscritos de idiomas extraños sin conocer la lengua del original ni la de la versión, ¿serían capaces del gran acto de la humildad de ir a la escuela en calidad de discípulos en lugar de erigirse en maestros? No, ciertamente. ¿Para qué, pues, pedir peras al olmo y pomos o guindas o cacerolas a una calabacera?

¿Para qué hablar de independencia del espíritu, de libertad de la cátedra, de neutralidad de la enseñanza, de incorribilidad de la ciencia y demás camelos muy siglo XIX?

¿Se creen los que tales eufemismos escriben que estamos en Babia, que venimos de las Batuecas?

En la Edad Media no se hablaba de semejantes quimeras augustas y absurdas. En el medievo la gente era más sincera; no se mentía con tanta "sans-*façon*".

"Philosophia est ancilla theologiae", decían los escolásticos aquellos rudos y ferreos razonadores. La filosofía es la sierva, la criada de la teología.

Hoy la filosofía, la inteligencia luce mandil y estropajo, como ayer. Nada más que el que le aprieta la frente o la boca con la brida, quien cabalga en sus lomos es otro jinete.

Pero noto que estoy regando fuera del tiesto. Volvamos a los tiestos, digo, a los textos.

Para respetar la independencia del espíritu, lo primero que hace falta es que haya espíritu. ¿Y lo hay en todas las aulas, en todas las cátedras? Que hay en algunas ya lo sabemos. Pero, ¿existe en la generalidad? ¿Tiene espíritu independiente, aunque profesional la clase docente en España?

No pidamos entonces la luna y contentémonos con un rayito de ella, con un lampo de su pálida luz.

Conformémonos con la bicoca que algunos señores dan buenamente de sí.

Con un canto en los dientes nos golpearíamos nosotros si el gobierno consiguiese hacer surgir ese texto claro, preciso, ligero, barato, correctamente escrito e impreso, detrás del que vamos hace treinta años y con el que todavía no hemos podido tropezar.

A un libro así, llano, sobrio, fácil, ameno, se le podría perdonar todo.

Porque ahora los estudiantes han de ingerir o ingurgitar los mayores bulos. Los más tremendos paquetes de perdigones; han de asimilar clericalismo y reacción a todo pasto, han de beberse un mar de vaciedades del mismo modo, y han de hacerlo con el máximo esfuerzo, con la máxima pena, nadando en la brea de un tecnicismo imposible, pedaleando en una bicicleta que no quiere rodar, volviéndose locos con los galimatías de la escuela, rompiéndose el cráneo, partiéndose el pecho contra tomos de ciencia de diez duros y de diez K'los, más inablandables e inclementes que piedras.

Votamos en consecuencia—lo repetimos—por el texto escrito en mediano castellano y con algo de sentido común, sea único o múltiples, esté cocinado en el Consejo de Instrucción pública o en el hornillo del P. Ruiz Amado, lo debamos a una Comisión oficial o lo publique un buen don Juan particular.

Y votamos por ese libro trivial y nos conformamos actualmente con él, porque otra cosa es pedir grolerías, es pedir cotufas en el golfo, es pedir al profesorado lo que no pueden dar de sí. ¿Y podríamos a este tenor enfiar tantas razones? Pero "deber esse ditium finis", como rezan los caudiscos.

A nosotros se nos han secado y cucado los sesos, se nos han podrido los ojos estudiando la jerigonza académica, empollando indigestos infolios, y no queremos que nuestros hijos se entontezcan, se pelen los codos remando en la misma galera.

Antes que mandarlos a las aulas a penar, los enviamos al muelle a descargar cribado.

ANGEL SAMBLANCAT.